

Varthos

Jaime Antonio Valadez

Mis labios estaban secos y tenía sabor a hierro en el paladar. Las aves carroñeras se pavoneaban sobre los cadáveres aún frescos de mis camaradas. Mi respiración era cada vez más pesada y los párpados me pesaban. Entre sueños vívidos comencé a recordar la cruenta batalla.

Sus huestes nos superaban con creces. Sin embargo, no dudamos en mantener la posición. Qué más se podía hacer, la gloria mancillada en deshonra al retroceder. Las asquerosas aves sobrevolaban por encima de nosotros, como si ya supieran en quiénes descenderían su vuelo para darse un festín de entrañas. Mis lobos nerviosos y yo firme en ese pequeño montículo que me dejaba ver por encima de ellos.

Desperté y el olor a podredumbre no me permitía respirar. Esos malditos pájaros profesaban en mi cabeza mórbidas pesadillas al verlos saciar su apetito con los cuerpos inertes de mis hombres. Unos suspiros atrás, poderosos soldados del norte; ahora, un amasijo rojizo de carne. Nada más. Una de esas sabandijas cubierta de sangre, y con el apetito aún abierto, se acercó a mí, tímida y con la intención de inspeccionarme, saber si podría alimentarse sin encontrar resistencia alguna... y los ojos me pesaban demasiado.

Entre el velo del sueño comenzaron a enloquecer esas bestias que se hacían llamar hombres, con tenebrosos chillidos que sabían encoger el corazón de un guerrero en un instante. Los escudos titubeaban y las filas se rompían, cualquier valor que pudiera infundir el lema de estar ahí para dar la vida por nuestras familias parecía desfallecer con cada grito de los bárbaros, la moral nos traicionaba. Y no teníamos nada más.

El ave comenzó a morder mi brazo, y no tenía la fuerza siquiera para empuñar mi espada. La negra sangre comenzó a manar a torrentes de la herida, y el animal parecía estar satisfecho. Dolía, pero mi cuerpo ya no sabía distinguir entre dolores.

Una vez más, el sueño me hizo revivir la batalla. Mientras veía retroceder a mis hombres sentí miedo por primera vez en mi vida. Miedo por ella. Me aterraba la idea de lo que le harían si lograban pasar la frontera. Enloquecí. Cegado por el pavor de que esos malditos monstruos llegaran a acercársele, brinqué de ese pedazo de tierra en el que me apoyaba. Impulsado por la adrenalina

llegué al frente de la línea, y con cólera en el corazón arremetí con mi espada en alto. No pasaron sino segundos cuando escuché aullidos enloquecidos de los lobos, y otros segundos después tenía un valiente corriendo a mi lado, luego eran dos y después diez. En una carrera por libertad y amor encontré el millar de soldados con espadas, hachas y lanzas tronando en sus propios escudos, sonando al unísono mientras cargábamos con furia y ardor en el pecho.

El tumulto de acero y sangre se encontró al chocar las rodela contra la carne de las bestias, y el verdoso páramo no tardó sino instantes en dibujarse de color carmesí. Guerreros del norte, eso éramos. Nacidos para entregarnos a la batalla en espera de favorecer a los dioses; pero aquellos hombres gigantes peleaban como poseídos por una fuerza más allá de este mundo, y por cada uno que mi espada atravesaba, dos más salían a encarar mi acero de frente. El terror comenzó a ser de nuevo parte de mis guerreros, los más fieros que he conocido en mi vida vueltos niños en cuestión de un instante. Una terrible sombra se cernía sobre nuestro valor. Y no quedaba nada más.

Y mi escudo se hizo trizas. Y mi brazo crujió como una hoja al otoño. Y con mazas castigaron mi cota de malla, la cual no tardó en hacerse añicos también. Caí al suelo mientras veía a mis hombres correr aterrorizados cuando vieron a su único héroe desplomarse en la inmundicia y las vísceras. Atemperados por mi voluntad. Desechos por la falta de ella. Los lobos aullaban y corrían. Gritaban y morían. Reconocí a Brimudel, presto a mi defensa con un escudo vestido de las terribles flechas del enemigo. Gritó mi nombre y una colérica lanza le atravesó de la nuca a la boca. Y así murió Brimudel, hijo de Arthonath. Sin fuerza y sin gloria. En la inmundicia. Como muchos otros más que ya no puedo recordar.

Todo estaba perdido, la niebla comenzaba a cegar mis ojos y la tenebrosa muerte estaba a la puerta de mi interior. Cuando estaba por desma-

yarme el más grande de los brutos se acercó y me levantó del cuello... a mí, el más corpulento del millar de hombres que conformaba mi fuerza, como si fuera un muñeco que pudiera coger con dos dedos. Me miró con torva faz por largo tiempo, y con terrible, grave y gutural voz dijo:

— Este se queda aquí. Este vive aquí. Él muere, aquí.

— Lo lamento, Adrelith, tu esposo no sobrevivió al viaje de vuelta, y no llevaba conmigo a nadie que tuviera pericia en cuanto a menesteres medicinales, y aún cuando un hombre común hubiera muerto después de minutos del terrible castigo... Varthos sobrevivió horas, hasta que lo encontré. Jamás podré pedirte que me perdones, pues fue mi falta de celeridad al llegar al campo de batalla con los refuerzos la que lo condenó a él... y a cientos de bravos soldados. Podríamos haber resistido toda esta calamidad con su ayuda, pero sin él... no hay esperanza. Con el último suspiro de su pecho me contó esto, y me hizo prometer que te protegería a ti y al pequeño Argodeth.

Argodeth creció con esta historia tatuada en el corazón, y de los infernales guerreros con piel de ceniza e ígneos ojos, nada se volvió a saber por los valles y las tierras nórdicas. En sueños, el cachorro recordaba a su padre, el velo nocturno que abrazaba los sentidos de los mortales castigaba con severa crueldad al niño.

— Argodeth, pequeño lobo, ¿qué has estado haciendo? Tu madre está preocupada, ¿acaso creíste que te librarías de los menesteres artesanales?

— No es eso, padre; he estado en el bosque practicando con el arco que me regalaste, quiero ser un cazador.

Varthos observó con picardía al pequeño y bruscamente lo levantó de una pierna y comenzó a cosquillar al muchacho, el cual no tardó en ahogarse en carcajadas.

— ¿Es que acaso no quieres ser un guerrero como tu padre? — dijo Varthos mientras reía y jugaba bruscamente con el pequeño —. ¿No quieres luchar por tu gente como un fuerte y orgulloso lobo ártico?

El cachorro, alegre y lleno de felicidad, gritaba a su padre que parara. Mordió su mano y salió corriendo en círculos mientras Varthos fingía ser alguna bestia de las montañas, alcanzándolo de cuando en cuando para abrazarle, hacerle reír, sostenerlo alto, muy alto y poder ver cómo el sol hacía brillar las largas mechales azabache que se dejaban caer sobre los hombros del niño. Observar orgulloso los ojos de su mujer blasonados en su rostro, negros cual obsidiana, destellantes y briosos. Cansados de correr y jugar todo el día, se dejaron caer en la verde hierba y observar cómo el cielo se dibujaba en áureos colores, cambiando a vestirse de noche, contando las estrellas más fuertes, pues titilaban centelleantes incluso en contra del imponente sol.

—A veces creo que los animales me hablan, padre.

—¿Y entonces por qué quieres ser un cazador?

—¿Has visto a Yhardran, el cazador de la aldea? Es implacable, es veloz, es fuerte. Una vez lo seguí al bosque, cual relámpago en la tormenta lo perdí de vista, padre, intenté buscarlo, pero cuando me di la vuelta iba de regreso a la aldea con un ciervo y dos conejos bien amarrados a su espalda.

El líder tribal sintió vergüenza por primera vez en su vida, estaba ahí acostado en la húmeda hierba, bañada por la brisa nocturna, escuchando a su hijo admirar a otro hombre, el hijo al cual amaba con la fuerza de mil universos, la misma fuerza con la que amaba a su mujer. Contuvo las lágrimas. Un guerrero no debe llorar. Un lobo ártico no ha de llorar.

—Lo vi salir, padre, y la cólera llenó mi corazón.

—¿Cólera? ¿Por qué?

—Nosotros no comemos carne, padre, siempre me han enseñado eso tú y madre. Cuando era un cachorro no entendía por qué los demás niños podían comer carne y yo no, aún soy un cachorro, pero uno fuerte y más grande que antes, no es la primera vez que seguía a Yhardran. Quería preguntarle si podría darme un poco de ciervo, pero nunca lograba alcanzarlo, era demasiado rápido, y justo antes de que él saliera del bosque, yo sentía una inmensa tristeza, una tristeza de muerte padre... como si alguien cer-

cano a mi hubiese sido llevado al sueño sin regreso. Creo que siento cuando ellos van a dormir, padre, y solo siendo un cazador puedo defenderles de la celeridad de otros cazadores.

Varthos estaba atónito, jamás en su vida había visto tanta pureza en un ser que no fuera su mujer. Había cierto poder en el niño que no lograba descifrar, y cuando estaba por abrazarlo y nunca soltarlo...

—Padre, quiero ser un guerrero fuerte como tú, el más hábil, el más fiero, el más orgulloso, así como tener la velocidad del cazador, y defenderte, a madre y a los animales.

El pequeño tiernamente abrazó a Varthos, pero este comenzó a desintegrarse, su piel y su carne resbalaban por sus huesos, gritaba con una fuerza que desgarraba la serenidad del valle, los ojos salían de sus órbitas y sus huesos se quebraban, su carne se pudría mientras se aferraba férreo al niño, impidiéndole correr de la funesta pesadilla.

—¡Mi pequeño, despierta!

El muchacho se despertó sudando, llorando y gimiendo. Las pesadillas de su padre lo asechaban cada vez que sus párpados pesaban y el sueño invadía su mente.

—Hijo mío, mi pequeño, mi cachorro, ¿has vuelto a tener esas pesadillas?

Estaba atónito y no podía responder a nada, temblaba y su piel estaba helada, su blanca piel estaba ahora nívea, y los ojos sospechosos miraban de aquí para allá, como cuidándose de alguien, o de algo...

—Mi cachorro, respóndeme por favor, ¿qué sucede hijo mío?

—Era padre... lo he visto de nuevo, madre. No son sueños, son borrosos e indomables, como la lluvia de la tormenta. Cuando sueño a padre es como el lago en primavera, dócil, tranquilo, más claro que el cristal.

—Mi muchacho... sé que es duro, pero él está ahora con los ancestros, y un día nos vamos a reunir, cuando ellos crean que sea lo mejor llevarnos a él.

Adrelith no creía en los ancestros, mucho menos en las costumbres y religión de los Ushtar, la gente

del norte, pero Varthos quería que su hijo creciera bajo las costumbres en las que él creció, y ella respetaba la decisión de su amado, aún después de su muerte. Sin embargo, ella tampoco había superado ya la muerte de su marido.

Ishtu, hermano mayor de Varthos, llevaba en su espalda el cadáver inerte del gran lobo del norte. Su rostro tenía un aspecto de profundo dolor. Adrelith lo observó con locura y rabia a la vez. No distinguía entre amigo o enemigo, en un momento los ojos se le perdieron en el vacío. Atónita. No decía ni pensaba nada, solo estaba ahí, pero no lo estaba. Tomó una flor que apenas si tenía un pétalo y la observó. El pétalo cayó gentilmente al suelo. Al cabo de unos segundos su ira y rabia brotaron del corazón cual fénix que vuela con odio hacia el sol.

—¡Desgraciados! ¡Mi Varthos no está muerto!
¡Largo de mi hogar!

Mientras sollozaba y gritaba eufórica que dejaran de mentir y la dejaran sola, y a su amado, que ya iban a descansar, Ishtu la sostenía con firmeza, pues sabía que el amor de ella era tan grande, que preferiría quitarse la vida antes que vivir sin el amor que llenaba de gozo y felicidad su existencia. La levantó del suelo procurando no herirla, le cubrió firme pero delicadamente la boca con la poderosa palma de la mano y caminó hacia la habitación que estaba al lado, ordenó que se encendieran las velas, y la colocó frente a una delicada, pequeña y hermosa cama de madera hecha por su padre como regalo de bodas antes de morir. En ella descansaba tranquilamente un niño, un pequeño de diez primaveras apenas, afaible, y aun tras el escándalo de su madre, sereno en su sueño. Ishtu soltó a Adrelith y ella se desplomó en la cama, derramando torrentes de lágrimas recargada en el regazo de su hermoso hijo. Argodeth tenía una extraña peculiaridad que compartía con su madre: sus sueños no eran interrumpidos una vez que los párpados se abrazaban.

El héroe guerrero. Campeón del norte. La espada gélida. Todos títulos que en un día perdieron el orgullo que infundían en los corazones de su hijo, de

su amada, su familia y sus guerreros. Todos títulos que en un día se tornaron en leyendas funestas, y en la caída de su hogar. Las bestias pronto moverían el asalto a las tierras de los Ushtar; pero ese día nunca llegó, las bestias piel de ceniza jamás volvieron a ser vistas en los valles nórdicos. Muchos decían que al final la profecía era verdad. Que había sido la fuerza y valor de Varthos lo que había ahuyentado el mal lejos de las fronteras norteñas.

Los primeros ataques arrasaron aldeas enteras en cuestión de minutos, y la noticia viajaba presta como el viento. Nadie sabía quiénes eran. Todos sabían de su brutalidad. Fue entonces cuando el guardián del norte, Varthos, visitó a los oráculos de Nanthem.

—He venido en busca de consejo. Han caído ya siete aldeas de la frontera, todas al cabo de solo dos noches. Las noticias avisan que nadie les ve, y solo viajeros y vagabundos que pasan cerca del poblado se enteran de la calamidad al ver el humo de destrucción que dejan a su paso. Los que sobreviven lo suficiente para contar la historia dicen que tienen una velocidad infernal, y la mayoría de los cuerpos de los guerreros no son encontrados entre los caídos.

Los oráculos de Nanthem eran toda la sabiduría del norte, y presumiblemente del sur también. Sacerdotes que meditaban en su templo eternamente, desvelando el porvenir de las cosas, con alto conocimiento en cuanto a la materia astral y natural, y por muy belicosos que los norteños fuesen, jamás marcharían a la guerra sin antes escuchar de su consejo.

—Guerrero, harías bien en escuchar lo que ha de revelarse. Haz caso omiso de la lluvia que cae y golpea la tierra mojada. Haz oído sordo del viento que cruje fiero en las pútridas ramas que rodean el santuario. Un intruso ha invadido la meditación, y nos habló con gracia *lo estoy esperando, en el valle fronterizo*. Es, a vista clara, un reto. No hay trampa en el enemigo, pero careces de la fuerza para enfrentarlo. Mas temer no debes, y dudar el coraje jamás, las runas han sentenciado *La sangre del héroe norteño libraré de mal al padre tierra, el valor, la virtud y el coraje, han de ser su arma, y si ha de vacilar, el filo ancestral no titubeará en su brazo*.

Dicho esto, Varthos se encaminó a dar orden de que se reunieran a todos los lobos del norte a encargarse del armamento... y a despedirse de su familia.

—Por favor, no vayas, tengo un mal presentimiento. No hemos sabido nada de Ishtu, y tienes apenas un hombre de tres más que debería de haber al lado suyo, amor mío, espera a tu hermano, te imploro. No vayas allá tú solo.

—Tú siempre has sido mi ángel, si yo he sido guardián del norte, tú has sido guardiana de mi corazón. A tu lado jamás vacilé, ni traicioné mi devoción. En los momentos de pesadilla le llevaste paz a este cansado perro de guerra, y es por eso que no puedo esperar a Ishtu. Él me alcanzará. El bruto de mi hermano jamás dice que no a una buena batalla, y si no parto ahora, el enemigo vendrá a buscarme. No te pondré en peligro ni a ti, ni a Argodeth. Los ancianos de Nanthem jamás han mentido, y siempre aciertan en lo que profetizan.

—Pero nunca son claras sus profecías, algo en los árboles me dice que esto no está bien.

Varthos besó tiernamente a su esposa y se encaminó a donde estaba el pequeño niño, su hijo al cual amaba con una sincera alegría.

—¿Vas a la guerra, padre? ¿Puedo ir contigo? Te protegeré, mataré muchos monstruos, y jamás nada te pasará.

—Estoy seguro de que sí, hijo —le respondió con ternura—. Pero dime, fuerte cazador, ¿quién va a proteger a tu madre? Dime, ¿quién se va a encargar de que mis armas estén pulidas y listas a mi regreso?

—Sí, pero puedo encargarme de eso cuando regresemos. Será como cuando volvemos tras dos días de entrenamiento en la montaña, ¿no, padre? El pan de trigo de madre es incontables veces más delicioso.

—Claro que sí. Lo es. Argodeth, mucho me temo que no puedo llevarte conmigo, eres un cachorro aún, y el campo de batalla no es tu lugar por ahora —el guerrero miró con orgullo a su hijo, y al ver nuevamente los ojos de su amada en el rostro del niño recordó la venida del pequeño al mundo—.

Cuando naciste, hijo mío, todos los bosques y lagos, nubes y montañas susurraron: Argodeth. Desde ese día supe que te convertirías en un gran guerrero, pero hoy, hijo mío, no es ese día, y yo tengo que partir para encargarme de que todos lleguemos a verte crecer convertido en leyenda.

Varthos abrazó a su niño fuertemente, se acercó a Adrelith y la besó de una manera tan gentil, apasionadamente tierna. Ella, con lágrimas en los ojos, no paraba de decirle a su amado que no fuera.

—Amor mío, en doce lunas estaré de regreso, no te preocupes por mí.

—Tu arrogancia es lo que me preocupa, Varthos, tu necedad lo que me tiene intranquila. Amor mío, el bosque está llorando, ¿no escuchas el llanto? Podemos huir, sabes qué es lo que podemos encontrar si cruzamos el mar.

—No puedes pedirme que abandone mi patria.

—Varthos, yo abandoné la mía por ti.

El lobo del norte se arrodilló, levantó una pequeña flor del suelo, y la puso en la mano de Adrelith.

—Para cuando el último pétalo caiga, estaré en tus brazos.

Y así, el héroe guerrero partió, partió a la guerra.